

Prólogo

Carta desde Panamá:  
parcelas en venta  
con vistas al mar<sup>1</sup>

John Lee Anderson

---

<sup>1</sup> «Letter from Panama: 233,000 Acres, Ocean Views», *The New Yorker*, 29 de noviembre de 1999.



**E**l Palacio de las Garzas es un edificio de estilo andaluz, de tres plantas, que se alza, prácticamente sin acera, en una calle adoquinada del casco antiguo de Ciudad de Panamá. Desde principios de los años veinte, cuando se restauró el edificio y se convirtió en residencia del presidente panameño, hay garzas blancas rondando por los macetones de palmeras del pequeño patio porticado del interior. Pueden ir y venir a su antojo, aunque al parecer hace mucho que dedujeron que estarían mejor en aquel patio que en cualquier otro sitio de los alrededores, ya que hay buitres sobrevolando el mercado sucio y maloliente del otro extremo de la calle, y borrachos haciendo el vago todo el día.

En el siglo XVII, este palacio fue la residencia de un juez de la Corona española. Se construyó sobre un brazo de tierra que a un lado tenía la entrada pacífica del canal y al otro una bahía. La fachada del palacio mira hacia el muelle de la bahía. Está flanqueado por desvencijados embarcaderos de madera y edificios descuidados, con balcones de barandilla de hierro donde se ven cuerdas de tender la ropa, pero desde allí también se ven los nuevos bancos, hoteles y edificios de viviendas que se alzan al otro lado del agua en destellantes racimos de acero y vidrio reflectante. La vista se estropea unas horas al día, con la bajamar, cuando las aguas que descenden dejan al descubierto feos bancos de fango, piedras y herrumbrosos cascos de barcas encalladas; en ese momento, el hedor que mana de las cloacas que desaguan en la bahía se vuelve casi insoportable.

Actualmente, el Palacio de las Garzas está ocupado por la primera mujer que ha obtenido la presidencia de Panamá, Mireya Moscoso, baja, de cincuenta y tres años, con el pelo teñido con henna y una licenciatura en interiorismo por el Miami-Dade

Community College. Mireya, como la llaman afectuosamente sus electores, entró en política a los diecisiete años, y fue secretaria y luego compañera de Arnulfo Arias Madrid, un personaje excéntrico, cuarenta y seis años mayor que ella y presidente de Panamá durante tres breves mandatos. Arias era racista y admirador de Hitler. Su oratoria era arrebatadora y su populismo gozaba de amplia acogida en el país. Introdujo algunas leyes progresistas, como las que garantizaban la seguridad social y el sufragio femenino. Pero se ganó muchos enemigos y cada vez que llegaba a la presidencia era derrocado por un golpe. En 1968, once días después de jurar el cargo por tercera vez, fue derrocado por la Guardia Nacional. Arias se exilió a Miami, Mireya fue con él y allí contrajeron matrimonio.

Entre los oficiales que dirigieron el golpe contra Arias estaba Omar Torrijos Herrera, que fundó un régimen simpatizante de Tito y de Castro, aunque Torrijos no era marxista ni defendía ninguna, ideología concreta. Como dictador tampoco perteneció a la clase de los déspotas bárbaros y megalómanos de la época, como Duvalier, Somoza y Stroessner. Su antiguo amigo Alberto Pons, un rico fabricante del ramo textil, hoy director de la Fundación Omar Torrijos, afirma que ni siquiera era un hombre violento. «No encontrará usted un dictador que haya matado a menos personas: dos, tres, cuatro a lo sumo.» (Casi todas las fuentes le atribuyen varias docenas.) Torrijos era un hombre carismático, apuesto, bebedor empedernido, cuyas campechanas incongruencias todavía respetan sus admiradores. «Para resolver un problema, antes tiene que constituirse en problema», decía. Y: «La causa de un mal es mucho peor que el propio mal». Su declaración más famosa, que aparece grabada en su mausoleo, se refería a la larga y problemática relación de Panamá con Estados Unidos: «Yo no quiero entrar en la historia, quiero entrar a la zona del canal...».

Desde 1903, año en que la República de Panamá se fundó en una conflictiva provincia de Colombia, Estados Unidos ha intervenido con dureza en sus asuntos. La separación de Colombia fue orquestada por Teddy Roosevelt y una de las primeras cosas que hizo el nuevo gobierno fue firmar un tratado que prácticamente concedía a Estados Unidos el control absoluto de la zona del canal, una franja

terrestre de dieciséis kilómetros de anchura por ochenta y dos de longitud que iba de la costa pacífica a la atlántica. El canal y las bases militares estadounidenses dieron trabajo a los panameños y los militares norteamericanos inyectaban dinero en la economía local. Panamá no se ha molestado nunca en tener moneda propia. Utiliza el dólar estadounidense, que allí llaman balboa. La comandancia del ejército meridional estadounidense estaba en Panamá y durante la Segunda Guerra Mundial estuvieron allí estacionados unos sesenta y cinco mil soldados norteamericanos. El ejército estadounidense utilizó la selva panameña como campo de entrenamiento durante la guerra de Vietnam.

Con el paso de los años, los sucesivos presidentes de Estados Unidos reconocieron la aspiración de los panameños a tener más control sobre su propio país y prometieron un tratado más justo. En 1964 estallaron disturbios por el tema de la soberanía y varios estudiantes panameños murieron tiroteados por soldados estadounidenses, pero no se hizo gran cosa por satisfacer las reivindicaciones independentistas hasta que, en 1977, Jimmy Carter y Torrijos firmaron un tratado que acordaba la devolución gradual del territorio, una devolución que termina precisamente este año, a mediodía del 31 de diciembre. «Estamos decididos, con orgullo y dignidad, a entrar en el nuevo milenio con la soberanía totalmente recuperada», dijo Mireya en diciembre, en su discurso de investidura. Puesto que ha costado encontrar altos funcionarios estadounidenses que quieran pasar el fin de milenio en Ciudad de Panamá, la celebración oficial del acontecimiento tendrá lugar el 14 de diciembre. Los últimos soldados estadounidenses se habrán ido por entonces, las últimas bases estadounidenses se habrán cerrado y el gobierno de Panamá gobernará todo el país por primera vez en su historia. y se hará cargo de una propiedad histórica valorada en unos cuatro mil millones de dólares, con sus playas, selvas tropicales, aeródromos, puertos, su ordenación del suelo, sus bases militares y, desde luego, el canal.

Hace sesenta años, Panamá soportó la campaña de Arnulfo Arias para purgar el país de negros de origen indio y de asiáticos, pero el país sigue siendo una alegre mezcla de inmigrantes africanos, europeos, árabes, estadounidenses, chinos e hindúes.

La santería, el catolicismo, la Iglesia de Pentecostés, el bahaísmo, el budismo, el hinduismo y el islam tienen una notable presencia en Panamá y coexisten sin hacerse el menor caso entre sí. La larga permanencia de los yanquis ha originado sus propios sincretismos benignos: el béisbol panameño, los matrimonios mixtos, los niños bautizados con nombres como US-NAVY, Edsel y Alvin; y los topónimos en *spanGLISH*, como Perejil, para referirse a Perry's Hill.

Pasar del caos del centro de Ciudad de Panamá a la zona del canal, entre sus céspedes bien cortados y su aire tranquilo y elegante, era antes como pasar de un pueblo mexicano de la frontera a las zonas residenciales de las afueras de Yuma, Arizona. Hoy, en ciertos puntos donde Ciudad de Panamá y la Zona estaban separadas por una valla, las dos entidades demográficas se han fusionado, aunque los panameños que se han instalado en las limpias y austeras casas del antiguo personal militar estadounidense las han reformado y hecho más acogedoras, con arcos de ladrillo en la puerta, colores vivos y rejas de hierro forjado. En un lugar de la Zona que en otro tiempo era una especie de tierra de nadie se está construyendo un gigantesco centro comercial, y Port Amador, antigua base naval, tiene actualmente un aspecto distinto, mientras los *bulldozer* arrancan los viejos árboles umbrosos para ensanchar las carreteras. Las instalaciones portuarias de la base se están ampliando para adaptarse a los trescientos cruceros que se calcula que pasarán por el canal todos los años, y se ha invitado a los inversores a que construyan un complejo de hoteles, centros turísticos y comercios.

Los cambios que se ven fuera de la Zona reflejan la política desarrollada en los diez últimos años por los gobiernos civiles, que han sido muy generosos con la empresa privada y la inversión extranjera. El régimen militar que gobernaba desde 1968, desde que Torrijos y sus colegas derrocaron a Arnulfo Arias, terminó en diciembre de 1989, momento en que Estados Unidos invadió Panamá y se llevó al general Noriega en avión a Miami para juzgarlo por tráfico de drogas y conspiración. Noriega había sido el jefe del servicio de contraespionaje de Torrijos y pasó a ser el

mandatario de facto del país en 1981, tras la muerte de Torrijos en un accidente aéreo. Los gobiernos que le sucedieron en los años noventa, de centro derecha, impulsaron la economía y hoy puede verse el resultado de construir sin trabas durante años. Actualmente hay autopistas, puentes, bloques de pisos, bancos recién construidos o en construcción y han desaparecido muchas antiguas y encantadoras casas tropicales, con techumbre de cinc o de tejas. Casi toda la nueva arquitectura es del lujoso «gótico de Miami». Con sus fachadas de cristal bicolor y sus curvas de fantasía, algunos edificios parecen radiocasetes portátiles, de los de dos altavoces. En los omnipresentes centros comerciales, anunciados con extravagantes rótulos de neón verdes, amarillos y morados, los puestos de comida rápida norteamericana están empotrados entre las tiendas de artículos electrónicos japoneses y los importadores de perfume francés.

Los panameños de clase media comen bien, tienen teléfono móvil y coche de colores chillones, pero la tasa de desempleo del país está alrededor del trece por ciento y los barrios bajos de Ciudad de Panamá no han mejorado gran cosa desde que gobernaba la dictadura. En todo caso, hay más barrios pobres que antes. Conforme la población rural, que comprende alrededor del cuarenta por ciento de los 2.800.000 habitantes que tiene Panamá, abandona los pequeños pueblos agrícolas y las paupérrimas aldeas del campo, la población de Ciudad de Panamá crece de manera desproporcionada. La mitad de los panameños vive ya allí y el creciente círculo de colinas sembradas de chabolas refleja, como anillos de un árbol, los efectos de una inmigración que no cesa. Las últimas comunidades son por lo general agrupaciones de barracas levantadas de la noche a la mañana con restos de material de construcción. Al cabo de unos días, el bosque se expolia a causa de la necesidad de leña, o se quema para preparar huertos. Un par de años después, los «precaristas», que así les llaman, tienen ya una casa más grande, de tablones e incluso de bloques de cemento, con tejado de cinc, letrina exterior y bidones de aceite para acumular agua. El bosque ha desaparecido y las casas se alzan en laderas peladas y calcinadas por el sol, alfombradas de basura, rojas a causa de la erosión y cruzadas por senderos.

Y está el canal, que parte el país por el centro mismo. Las esclusas no son más que acequias de hormigón con compuertas y ruedas y poleas de hierro, pero cuando pasa un blanco buque de línea, con toda su aerodinámica majestad, como una tarta nupcial gigante, con monte verde en ambas orillas, nos damos cuenta de pronto de la grandeza de la obra. Durante gran parte del siglo xx el canal ha sido el símbolo del poder de Estados Unidos en el mundo occidental, y desde que se negoció su devolución —durante el tenso epílogo de la retirada estadounidense de Vietnam—, un ruidoso lobby de políticos conservadores estadounidenses no deja de calificarla de movimiento imprudente y retirada irresponsable. A nivel simbólico, retirarse de Panamá viene a ser como perder una de las colonias que Estados Unidos ha mantenido con más firmeza. Los argumentos en contra de la devolución recuerdan los formulados por los británicos cuando se retiraron a regañadientes de Kenia y la India. Los contrarios a la devolución dicen que Panamá apenas sabe gobernarse solo y no está capacitado para dirigir el canal. Predicen que saquearán los ingresos del tráfico del canal, que se descuidarán el mantenimiento y la seguridad y que será un blanco ideal para los terroristas internacionales.

Un día no muy lejano, antes de que eligiesen a Mireya, fui a ver a la Comisión del Canal. Ya sabía que, hasta la fecha, le devolución se estaba haciendo sin problemas (porque así me lo habían dicho todos los que tenían intereses depositados en el futuro de Panamá) y que más del noventa por ciento del personal del canal estaba compuesto por panameños. Mercedes Morris, joven portavoz de la comisión, me dio la interpretación optimista. «Tiene usted aquí un reportaje de interés humano —dijo— o Panamá mira al futuro.» Irritado por el sermón, me puse a enumerar los problemas de Panamá, entre los que destacaba la generalizada corrupción administrativa.

Al igual que casi todos los panameños, Morris no negaba que hubiera corrupción, pero alegaba que no era tan grave como «antes», uno de los muchos eufemismos con que se alude al régimen de Noriega. Un par de días antes había oído otro circunloquio en



boca de un político: «el régimen que precedió al actual», y todo para no decir «el de Noriega». Pregunté a Mercedes por qué se evitaba su nombre. Suspiró. «Es como decir en público que se tiene un herpes en los genitales —dijo—. Es una vergüenza nacional.» La vergüenza se debe tanto a la invasión estadounidense como a los años de brutal dictadura de Noriega. Los panameños saltaron de júbilo cuando Torrijos firmó el Tratado del Canal en 1977, y doce años después George Bush y los marines llegan y los machacan. Que a Noriega lo condenaran en Florida a cuarenta años de cárcel (que tras una apelación quedaron reducidos a treinta hace unos meses) fue una forma inequívoca de decir quién mandaba.

Estuve en Panamá por primera vez a mediados de los años ochenta, en el apogeo de la dictadura de Noriega. Fue cuando las cosas empezaron a desmoronarse. La atmósfera del lugar coincidía con las anécdotas que contaba mi abuelo materno, que había trabajado de ingeniero civil en Panamá en los años treinta. «Entonces era un país salvaje —decía tras contar algún escalofriante episodio relacionado con otros ingenieros—. Los hombres se volvían locos en Panamá.» En los años ochenta, Panamá era el lugar más rentable del mundo, con su pasillo internacional, su sistema bancario sin control fiscal, su zona de libre comercio, su pabellón de conveniencia y su política de inmigración consistente en cambiar pasaportes por dólares. Tenía la distribución de embajadas extranjeras más ambigua de todo el hemisferio occidental. Los cubanos y los libios la tenían junto a la estadounidense; hasta el Frente Polisario tenía allí una legación. La tenían también la todavía disidente OLP y cualquier grupo guerrillero latinoamericano que valiera la pena tomarse en serio. Utilizaban Panamá para ocultar dinero, comprar armas e intercambiar información secreta. El comercio de armas florecía. El amo de este mercado, con el consentimiento de Noriega, era Mike Harari, antiguo agente del Mossad. Era un hervidero de espías y un refugio seguro para los déspotas derrocados. Cuando Juan Domingo Perón fue derrocado en 1955 y abandonó Argentina, pasó el comienzo de su exilio en Colón, ciudad portuaria de Panamá. Allí, en el venerable Hotel Washington, el viudo Perón (Evita había fallecido tres años antes) conoció a su futura esposa, Isabelita, una joven bailarina que

estaba de gira con un número de club nocturno argentino. Y en 1979 Torrijos dejó que el moribundo Sha de Persia se refugiara en la isla turística de Contadora.

En Panamá conocí a José de Jesús Martínez, llamado Chuchú, marxista, matemático y escritor. Había sido ayudante personal de Torrijos y amigo íntimo de Graham Greene. De hecho, aparece en *Descubriendo al general*, un libro de recuerdos que escribió Greene sobre Panamá. Un amigo estadounidense y yo fuimos de copas con Chuchú, éste se emborrachó hasta rozar el delirio, nos acusó de ser agentes de la CIA y nos llamó de todo. Cuando volvimos a verlo, no recordaba aquel arrebato. El propio Manuel Noriega parece un malo de tebeo. Recuerdo haber oído una anécdota, en principio procedente del aeropuerto internacional de Panamá; parece que todos los días, durante varias semanas, llegaron de Colombia ataúdes vacíos con el nombre de Noriega. Por lo visto, Noriega había traicionado a sus cómplices del cártel de Medellín y los cómplices le daban a entender que estaba sentenciado.

Noriega acabó yendo demasiado lejos cuando, en 1985, se produjo el escandaloso asesinato de Hugo Spadafora, joven y apuesto médico y un revolucionario que había combatido el colonialismo portugués en Guinea-Bissau, con la guerrilla de Amílcar Cabral; había sido subsecretario de Sanidad con Torrijos y había dejado el cargo para ponerse al frente de una brigada de voluntarios en la rebelión sandinista contra Somoza. Cuando los sandinistas tomaron el poder, Spadafora rompió con ellos y se unió a las fuerzas del disidente Edén Pastora, en la selva del este de Nicaragua. Pero Spadafora no dejaba de pensar en Panamá. Volví a verlo poco antes de su muerte, en Costa Rica; me dijo que había presentado una denuncia contra Noriega por sus relaciones con el tráfico de cocaína y otras actividades delictivas. (Habían circulado rumores parecidos durante un tiempo, pero Noriega estaba entonces en buenas relaciones con Washington, e incluso se afirmaba —acertadamente, como luego se supo— que figuraba en la nómina de la CIA. Hacía sólo unos meses lo habían invitado a dar una conferencia en Harvard.)

Un mes después de nuestro encuentro, Spadafora tomó un autobús para volver a Panamá y fue detenido en la frontera por dos

policías militares. Lo apalearon, acuchillaron y sodomizaron, al parecer con una escoba; luego, uno de los verdugos se sentó sobre su pecho y con un cuchillo de carnicero le fue cortando la cabeza poco a poco. Su hermano Winston, abogado y actual ministro del Interior de Mireya Moscoso, me enseñó una serie de fotos —que revolían el estómago— del cadáver decapitado. Lo habían encontrado en una saca de correos de Estados Unidos. Circularon muchos rumores, entre ellos una versión criolla de Blancanieves: el feo de Noriega había mandado matar a Spadafora por maldad pura, pero se había quedado con la cabeza porque quería ponerse su bella cara como una máscara.

Dos años después de la muerte de Spadafora, el jefe de Estado Mayor de Noriega anunció que éste, efectivamente, había ordenado el asesinato. La revelación despertó protestas diarias en Panamá, sobre todo entre la clase media alta que iba en BMW. Durante un tiempo, las manifestaciones de coches y bocinazos que se organizaban a la hora del almuerzo en el distrito financiero de la capital parecían incluso curiosamente festivas. Hasta que los doberman de Noriega, matones vestidos de negro, empezaron a apalea a la gente. Noriega quiso cubrir la campaña contra él con una apariencia de conflicto de clase y con personal de los barrios más pobres organizó grupos de justicieros armados con palos —los llamados Batallones de la Dignidad—, que también intervenían en las refriegas.

Vi de cerca a Noriega en una discreta ceremonia en honor de Torrijos que se celebró en Fort Amador. Se presentó sin avisar, rodeado de altos guardaespaldas mulatos, y nadie supo qué hacer. Fue como si Darth Vader hubiera estropeado una excursión infantil. Tras un largo e incómodo silencio, alguien gritó con voz tensa: «¡Viva el general!», y se oyó un breve aplauso que se apagó inmediatamente. Un hombre se levantó y pronunció un discurso fuera de lugar, comparando torpemente a Noriega con el heroico Torrijos. Los esfuerzos por vincular a los dos hombres sublevaba a los torrijistas a machamartillo, pero puso de manifiesto la importancia que tenía para Noriega aquella forma de reconocimiento. Luego se quedó a la expectativa, vaso en mano, mientras los asistentes hacían cola para saludarlo. Tenía la cara profundamente

picada de viruela, su pelo era rizado, negro y corto, la nariz grande y los labios carnosos. Tenía los ojos tan separados que parecía mirar a la gente de soslayo, como los tiburones. Me las arreglé para irme sin estrecharle la mano.

En diciembre de 1989, a raíz de la muerte de un soldado estadounidense a manos de soldados panameños en un control de carretera, el presidente Bush ordenó la invasión; en la operación murieron veintitrés soldados estadounidenses y centenares de panameños. Los norteamericanos rodearon las oficinas del nuncio papal, donde se había refugiado Noriega, y lo bombardearon con música roquera hasta que, diez días más tarde, se rindió. Las fuerzas defensivas de Panamá fueron disueltas y sustituidas por una policía paramilitar mucho menos numerosa.

Poco después de que enviaran a Noriega a Miami, hice un viaje a la selva del Darién panameño para recorrer la ruta del conquistador español Vasco Núñez de Balboa, que cruzó el istmo en 1513. Casi cinco siglos después, el Darién seguía siendo un lugar atrasado y remoto, habitado por los kuna, los emberá y los wounaan, por un creciente número de colonos, ávidos de tierras, dispuestos a deforestarlas, unos cuantos soldados aislados en puestos militares y grupos itinerantes de guerrilleros colombianos y traficantes de drogas. Por increíble que parezca, la selva había derrotado a los constructores de la Carretera Panamericana, que va de Alaska a la Tierra del Fuego. Saliendo de Ciudad de Panamá hacia el este, el firme de asfalto se transforma en camino de tierra (de barro en la estación lluviosa) y desaparece cuando llega a la verde muralla del Darién, que se extiende hacia el sur hasta rebasar la frontera de Colombia.

Para equiparme fui al mercadillo de objetos robados que hay en un embarcadero de la fétida bahía próxima al Palacio de las Garzas, un auténtico tesoro en lo que se refiere a artículos militares estadounidenses: botas, cantimploras, hamacas, ponchos, incluso uniformes; y me puse a regatear. Completado el equipo, volé a Tubualá, un islote caribeño atestado de chabolas que se alza ante la costa de la provincia de Darién, y pregunté por Cahuide, un viejo jefe de los kuna, con objeto de pedirle permiso para atravesar

la tierra de la tribu. Tras un largo, ritual y hamacado parlamento con los demás ancianos en la casa de las asambleas del islote, Cahuide me dio el visto bueno y mandó llamar a unos cuantos jóvenes para que hicieran de porteadores. El que parecía mayor, un hombre musculoso de unos treinta años, se llamaba Prudencia. Tenía cara indígena y parecía haberse cortado el negro pelo a la taza. «Yo iré con usted —me dijo sonriendo—. Yo también soy un aventurero.» Me contó que había estado en Ciudad de Panamá y en Barranquilla, el puerto colombiano, y también en la penitenciaría federal de Birmingham, Alabama. Esta última dirección era sin duda el plato fuerte de su andariego currículum. Se había embarcado en Barranquilla para trabajar en un carguero colombiano con rumbo a Estados Unidos, pero en el golfo de México había sido abordado por agentes de la Guardia Costera estadounidense, que habían descubierto que el cargamento era de marihuana. Prudencio fue detenido y encarcelado, con los demás tripulantes. Lo dejaron en libertad sin cargos a los doce días y volvió a la patria en avión, el primero al que subía. Prudencio sonreía con orgullo al contar la anécdota y lo contraté en aquel mismo instante.

El viaje por la selva del Darién consistía en partir de la tierra de los kuna y llegar a la de los emberá, que viven en el lado pacífico del istmo. Después de pasar una semana subiendo montañas y navegando por varios ríos impulsándonos con una vara, tropezamos con unos colombianos. Eran inmigrantes ilegales de rostro correoso, intrusos que se habían instalado recientemente y empezaban a despejar el bosque cerca de las aldeas indias. Dos días después vimos el tramo de tierra de la Carretera Panamericana. Allí descansamos, entre bosques llenos de humo —había más colonos pobres quemando maleza para sembrar—, en un pueblo con un aeródromo y un destacamento de marines estadounidenses que había relevado a la guarnición de la Guardia Nacional local. Al parecer, el aeródromo se utilizaba para enviar cocaína colombiana a Estados Unidos y los marines estaban allí para investigar e impedir que hubiera más narcovuelos. Proseguimos viaje y subimos a la cima de una montaña desde la que habría tenido que verse el océano Pacífico, pero desde la que apenas se divisaba la costa, a causa de las humaredas.

Durante un tiempo, la selva virgen de Darién ha sido considerada un oportuno parachoques para aislar Panamá de Colombia y su caudal de delincuentes violentos, guerrilleros, droga y hordas potenciales de refugiados pobres. En realidad, los guerrilleros colombianos llevan decenios cruzando la zona y acercándose al sector panameño de la frontera para descansar y recuperarse, para comprar provisiones o para recoger armas. No pasaba nada mientras se dejaran ver poco y no hubiera muertos, pero la actividad guerrillera y paramilitar en Colombia ha aumentado y estrechado sus vínculos con el narcotráfico, las bases estadounidenses se están cerrando, todo ha cambiado y la seguridad del Darién se ha vuelto tema de alta prioridad. Al otro lado de la frontera, en la región colombiana de Urabá, miles de civiles sospechosos de mantener contactos con la guerrilla han sido asesinados por las fuerzas paramilitares del derechista Carlos Castaño, un señor de la guerra que afirma que va a empezar a matar policías panameños porque permiten que los guerrilleros se refugien en Panamá. Los hombres de Castaño ya han hecho varias incursiones más allá de la frontera y ha habido muertos, aunque en términos generales se ha tratado de colombianos que mataban a otros colombianos. Aun así, ha habido ataques contra la policía panameña, que ha librado algunas batallas y ha sufrido serias derrotas. En consecuencia, la policía se ha retirado de las aldeas más cercanas a la frontera y ha cedido una franja de cuarenta kilómetros de suelo panameño a las facciones colombianas en conflicto.

Dos semanas después de acceder a la presidencia, Mireya Moscoso visitó el Darién y prometió reforzar el actual contingente de policías destacados allí (mil trescientos hombres con armas ligeras), pero la idea de que la presencia de estas unidades asuste a los experimentados pistoleros colombianos es francamente ridícula y deja a Mireya a merced de las presiones tendentes a que continúe la presencia protectora de Estados Unidos en Panamá. En octubre, un comerciante acusado de vender comida a los guerrilleros fue asesinado por pistoleros colombianos de Castaño, es de suponer; otro comerciante fue secuestrado; y el 2 de noviembre,

un grupo de colombianos disfrazados de turistas protagonizó una atrevida operación a la luz del día y secuestró dos helicópteros comerciales durante una excursión a las islas de San Blas. Ataron a los pilotos y a los demás pasajeros, los dejaron en un islote y los secuestradores desaparecieron con los aparatos, rumbo a Colombia.

Muchos oficiales panameños y estadounidenses esperaban que la base aérea de Howard siguiera en manos de Estados Unidos como cuartel general de las operaciones antidroga de la región, sobre todo porque Estados Unidos realizaba ya más de dos mil vuelos de vigilancia al año desde Howard. Pero los estadounidenses no quisieron pagar por utilizar una base construida por ellos y no hubo acuerdo. Howard fue entregada a Panamá el primero de noviembre. Un compungido oficial estadounidense me dijo: «No se habría roto el acuerdo si hubiéramos tenido más mentalidad comercial y hubiéramos ofrecido a Panamá algún dinero».

Otro tema delicado es la indefinida situación de la munición sin explotar —UXO en jerga militar inglesa— que los estadounidenses han ido dejando después de entrenarse con fuego real durante decenios en las selvas de la Zona del canal. El Pentágono afirma que ha limpiado casi toda la región afectada (exceptuando un área de treinta kilómetros cuadrados de monte y selva que al parecer es prácticamente inaccesible), pero Panamá insiste en que hay que dejar completamente limpio todo su territorio. Si esto significa peinar incesantemente la selva en busca de bombas sin estallar, será inevitable que en el futuro inmediato haya especialistas militares norteamericanos en Panamá. Mireya repite en público que la época de las bases estadounidenses en Panamá se ha terminado, pero ha habido indicios de que podría llegarse a algún acuerdo para que los norteamericanos tengan «acceso» a los aeródromos panameños, y además corren rumores sobre un acuerdo defensivo. Mireya, mientras tanto, dice que está meditando una propuesta estadounidense para que Panamá disponga de un contingente de la Guardia Nacional que llevaría a cabo programas de «acción civil» en zonas rurales: construir carreteras, escuelas y hospitales. Como ha dicho recientemente en Washington el subsecretario de Asuntos Exteriores panameño, Harmodio Arias:

«Panamá espera que no cambie la relación especial que hemos tenido siempre con Estados Unidos. Nos consideramos socios de Estados Unidos y esperamos que Estados Unidos piense igual».

Las afirmaciones de Carlos Castaño sobre la complicidad de policías panameños y guerrilleros para pasar drogas y armas de contrabando podrían ser falsas, pero por desgracia son verosímiles. Las apropiaciones ilícitas, el nepotismo, el tráfico de influencias y el soborno han formado parte de la política panameña durante mucho tiempo y en términos generales se cree que casi todos los presidentes del pasado han metido la mano en las arcas mientras ejercían el cargo. «Este lugar funciona según reglas especiales —me dijo un rico empresario panameño—. Aquí no se ven las cosas como se verían en España o en Estados Unidos. Desde fuera se ven de un modo diferente de como se ven aquí. El blanqueo de dinero, el tráfico de armas, las drogas y lo demás, todo eso a la gente le trae sin cuidado. No le importa. Al contrario, quiere entrar en eso.»

Mireya heredó los grandes cafetales de Arnulfo Arias y es una mujer rica que en principio no necesita más dinero. Desde que asumió la presidencia, ha abierto investigaciones para aclarar varias privatizaciones dudosas y ciertas concesiones de obras públicas impulsadas por su predecesor, Ernesto Pérez Balladares. Este privatizó muchos servicios públicos, por ejemplo las telecomunicaciones y las compañías eléctricas, dos puertos y una serie de valiosas propiedades de las «áreas nacionalizadas» de la antigua Zona del canal estadounidense. Como varios amigos suyos se enriquecieron con algunas de estas transacciones, el celo de Pérez Balladares en fomentarlas despertó sospechas.

La campaña oficial para promover las inversiones privadas en la antigua Zona ha estado durante los últimos cinco años en manos de Nicolás Ardito Barletta. Sesentón elegante y de voz amable, Barletta es doctor en economía por la Universidad de Chicago y ha sido vicepresidente del Banco Mundial. En 1984 empañó su reputación, por lo demás intachable, cuando pasó a ser presidente durante el régimen de Noriega, después de unas elecciones que todos pensaban que iba a ganar Arnulfo Arias, que había vuelto a Panamá al firmarse el Tratado del Canal. Noriega obligó a Barletta



a dimitir, pero el presidente Pérez Balladares lo resucitó en 1995 y lo nombró director de la ARI, Autoridad de la Región Interoceánica, un organismo creado para administrar el «desarrollo comercial» de las propiedades de la antigua Zona del canal. Los puertos de los extremos del canal se han cedido ya a Hutchinson Whampoa, una compañía de transportes con sede en Hong Kong que pujó más alto que Bechtel. Para los conservadores de Washington como Trent Lott esta operación forma parte de una conspiración chino-comunista para apoderarse del canal, hipótesis harto improbable, dado el carácter multinacional de los inversores. Diversas compañías de transportes taiwanesas y estadounidenses cuentan con importantes terminal, o instalaciones portuarias cerca del canal, y un numeroso grupo de estadounidenses, ex empleados del canal, ha comprado todo un sector residencial de la antigua base aérea Albroom. Kansas City Southern Railways ha adquirido el derecho de explotación de la histórica línea de vía estrecha que fue construida por inversores estadounidenses en 1840-1850 y que va de costa a costa en sentido paralelo al canal. La antigua e infame Escuela de las Américas, donde los mandos estadounidenses instruyeron a miles de soldados y policías latinoamericanos en técnicas antisubversivas, se está transformando en un hotel de lujo de la cadena española Sol Meliá.

«Lo que queremos es ser un poco Singapur y un poco Róterdam», me dijo Nicolás Barletta cuando le pregunté cómo veía el futuro de Panamá. Era evidente que se trataba de su fórmula favorita. Pero cuando le pregunté por las noticias de prensa que decían que Mobil Oil había pagado más de dos millones y medio de dólares, en concepto de «honorarios de asesoría», a tres intermediarios panameños —uno de los cuales estaba relacionado con el presidente Pérez Balladares—, para asegurarse una concesión de la ARI, me miró con cara ofendida y me garantizó que él no sabía nada sobre los intermediarios nombrados para ese acuerdo y que ignoraba por qué se habían mezclado en aquello. Prosiguió diciendo que él no estaba corrompido, que nunca había sido acusado de corrupción y que le preocupaba demasiado su buena

reputación y la de sus hijos. Empezaba a sentir un poco de compasión por aquel hombre, pero entonces me presentó a dos individuos que según él eran «importantes inversores españoles», y no pude menos que preguntarme por el criterio de Barletta.

Los dos españoles eran el señor Rosillo, un sujeto gordo, impetuoso y vestido con una chillona chaqueta dorada, y el señor Pujol, bajo, enjuto y de más discreta vestimenta. Barletta los trataba como a auténticas personalidades y había puesto a su disposición un helicóptero para que vieran las propiedades disponibles. Los españoles se sentían claramente incómodos por mi presencia y Barletta abrevió nuestro encuentro. Luego me explicó que el señor Rosillo era un rico empresario hispano-estadounidense, un financiero internacional al que le entusiasmaba la idea de invertir en Panamá. El señor Pujol era una «figura de relieve» en el mundo español de la construcción y solía trabajar con Rosillo en «proyectos internacionales a gran escala». No tardé en saber que los dos, que en realidad eran catalanes, se habían sentido nerviosos mientras yo había estado presente. Resultó que el señor Pujol era Josep Pujol, hijo de Jordi Pujol, presidente del gobierno autonómico de Cataluña y personaje influyente en la política española. El señor Rosillo, el amigo y socio de Pujol, era ni más ni menos que Juan Manuel Rosillo, o John Rosillo, a la sazón en libertad bajo fianza y en espera de sentencia por un fraude fiscal multimillonario, relacionado con la propiedad inmobiliaria, cometido en España años antes. Poco después de verlo yo en Panamá, la Audiencia de Barcelona lo condenó a seis años y medio de prisión, pero apeló y lo último que supe fue que aún seguía en libertad.

Mireya desprecia a Nicolás Ardito Barletta, entre otras cosas porque había derrotado a su difunto marido en la carrera por la presidencia de Panamá en unas elecciones presuntamente amañadas. Ha dicho en público que «por el bien de Panamá» Barletta debería «tener un poco de dignidad» y dimitir voluntariamente, pero Barletta ha dicho que no y la presidenta no tiene autoridad para destituirlo. Mireya ha declarado la guerra a casi todos los funcionarios del gobierno anterior. Su antecesor, Pérez Balladares, no estuvo en la ceremonia de investidura del 1 de septiembre, por despecho, porque durante todo el verano había

estado cruzando improperios con Mireya por algunas medidas inútiles tomadas por él. Entre estas medidas figuraba la fundación de una nueva sala del Tribunal Supremo, que, según Mireya, era un ardid para protegerse personalmente de cualquier posible investigación criminal que se hiciera sobre él en el futuro. Además indultó a treinta y cuatro condenados, entre ellos varios narcotraficantes y sicarios. En agosto, la ex jefa de información de Pérez Balladares, una joven llamada Samantha Smith, confesó que, por orden suya, había concedido visados especiales a ciento cuarenta inmigrantes chinos, sabiendo que probablemente utilizaban Panamá de trampolín para entrar ilegalmente en Estados Unidos. Smith dijo que cuando preguntó por qué se regalaban aquellos visados, Pérez Balladares respondió: «Ya están apalabrados; tiene usted que extenderlos. Tengo mis obligaciones. ¿Qué voy a hacer con mis acreedores? Hay gastos que necesito cubrir». Pérez Balladares ha replicado que las imputaciones de Smith forman parte de «una conspiración para dañar al país» y su «imagen personal».

Mireya ha suprimido la nueva sala del Tribunal Supremo, ha revocado algunos indultos de Pérez Balladares y ha ordenado que se investigue a las personas a las que nombró para la Comisión del Canal y la administración pública, y algunas de sus privatizaciones. Por un decreto especial, recortó el sueldo de su secretaria privada, que antes cobraba tres mil quinientos dólares al mes y ahora cobrará setecientos cincuenta, y limitó su seguridad personal a ocho guardaespaldas. También suprimió los fondos presupuestados para una fundación protectora de las artes que dirige la anterior Primera Dama. Parece que con estas medidas, y tras haber arremetido durante su campaña presidencial contra la corrupción oficial y el nepotismo, Mireya está haciendo cosas prácticas al respecto. Claro que también podría tratarse de una limpieza general por venganza. En los niveles más altos del Gobierno, Mireya está rodeada por figuras públicas muy conocidas y respetadas. Pero también tiene socios discutibles. En Panamá hay muy pocos políticos en condiciones de tirar la primera piedra.

Solicité a un antiguo consejero de Noriega, una persona a la que también Mireya ha hecho consultas, que me concertase un

encuentro con el exiliado Jorge Serrano Elías, ex presidente de Guatemala. Serrano, su mujer, su hija y sus tres nietos ya mayores viven en Panamá desde 1993, año en que fue derrocado por querer atribuirse poderes dictatoriales. Pertenece a la última hornada de exiliados políticos que se han afincado en Panamá, al igual que el ex dictador haitiano Raoul Cedrás y el destituido presidente ecuatoriano Jaime Abdalá Bucaram, alias «el Loco». Conocí a Serrano en las oficinas de la promotora de una lujosa propiedad y un club de polo que está construyendo en las afueras de Ciudad de Panamá. Llevaba un Rolex de oro en la muñeca y dos caras plumas de oro asomaban en el bolsillo de su camisa. Parecía deseoso de desahogarse con un extraño, con un no panameño. «Aquí sólo existe el dinero —dijo en son de queja—. En las fiestas y acontecimientos sociales sólo se habla de los billetes», y a él todo aquello le resultaba «aburrido». Prosiguió con algo de amargura: «He hecho aquí algunos amigos, pero casi todos son amigos mientras crean que pueden sacarme dinero».

El interés pecuniario que manifiestan por Serrano sus anfitriones panameños es hasta cierto punto comprensible, dado que es un empresario riquísimo y ha sido acusado por el gobierno guatemalteco de haber robado durante su mandato decenas de millones de dólares de los «fondos reservados» del presidente. Serrano decía que aquellas acusaciones eran «mentiras ridículas», urdidas por sus enemigos políticos, y me recordó que era un constructor próspero mucho antes de ser presidente de Guatemala. Añadió intencionalmente que los dos últimos presidentes de Panamá habían creído en él, puesto que se habían negado a extraditarlo. No obstante, admite que cometió algunos errores. «En una cosa me equivoqué —dijo—. Fue un error haber dado un golpe político. Debería haber dado primero un golpe militar y luego negociar el golpe político.»

Pregunté a Juan Carlos Navarro, actual alcalde de Ciudad de Panamá, por lo que pensaba de la tradición de conceder asilo a los exiliados políticos como Serrano. Navarro es un treintañero bajo, bien parecido, que estudió en Dartmouth y Harvard. Es rico y él y su mujer viven en una casa colonial bellamente restaurada del sector más distinguido del casco viejo de la capital, no lejos del Palacio de las Garzas. Desde su terraza superior se ve la bahía

a un lado y al otro la permanente cola de buques que aguardan para entrar por la boca pacífica del canal. Su elegante librería de madera noble está atestada de libros sobre política estadounidense, entre ellos *Colores primarios*, *Behind the Oval Office* de Dick Morris y biografías recientes de J.F.K y Nixon. Navarro tiene ambiciones políticas y es bien sabido que aspira a ser el próximo presidente el país. «Eso no me preocupa», respondió cuando le pregunté por el asilo que se daba a figuras políticas de conducta dudosa. Añadió: «Siempre he pensado que Panamá era una especie de Suiza». Cuando le repliqué que la imagen de Panamá que se tenía en el extranjero se parecía más a la de Casablanca o Tánger, arrugó el entrecejo. «Traen dinero, invierten aquí. ¿Qué hay de malo en eso?» «Pero ¿y si un Radovan Karadzic o el siguiente doctor Mengele piden asilo en Panamá?», le pregunté. Navarro se encogió de hombros. «Tampoco habría problema. Yo lo entiendo como una especie de servicio que Panamá ofrece a la comunidad internacional. Bien puede creer el mundo que Panamá es el refugio que no falla [...] y si viven aquí tranquilamente, bienvenidos.»

A punto de finalizar el siglo de presencia estadounidense, la inminente «independencia» de Panamá ha generado ya decepciones. La lucha por la soberanía y la dignidad nacional que dio a Torrijos su categoría histórica y que incluso prestó a la pelea de Noriega con Bush cierto olorillo a metas superiores, aunque torcidas, ha desaparecido por completo. Estuve presente cuando el embajador de Estados Unidos, Simón Ferro, habló ante un amplio público de empresarios panameños y estadounidenses. Ferro, cubano de nacimiento y hombre de aspecto juvenil, dijo: «Estados Unidos no se retira de Panamá. Antes bien, estamos reconfigurando las relaciones. En el siglo que viene, Panamá y Estados Unidos seguirán siendo amigos y socios. Lo que cambiará, eso creo, es que el sector privado tendrá más prioridad en nuestra agenda bilateral».

En realidad, el canal panameño sigue siendo una especie de caballo de Troya yanqui. El tratado de 1977 contiene una cláusula que permite a Estados Unidos intervenir militarmente para proteger «el canal internacional» de cualquier amenaza armada, y es muy improbable que Estados Unidos renuncie del todo a tener presencia militar allí. Tampoco es eso lo que quieren muchos

panameños. «Aquí hay mucho miedo a que se vayan los gringos —decía Pedro Rognoni, hoy empresario y ministro durante el régimen de Torrijos—. Lo mejor que puede suceder es que los gringos se vayan, y todos lo vean, y que luego regresen. Y creo que eso es lo que ocurrirá.»

«¿Qué es lo que quiere aquí Estados Unidos? —me dijo un militar norteamericano—. Quiere estabilidad, para poder hacer negocios. Aparte de eso, los panameños nos traen completamente sin cuidado. Deberían importarnos, pero no nos importan, la verdad es que no.»